

La avispa en La Colmena



La avispa en La Colmena, 40 x 40 m, mixta/masonite, 2005.

Sección a cargo de Jorge Esquinca

Yves Bonnefoy

A SUS 84 AÑOS YVES BONNEFOY es el poeta vivo más respetado en Francia. Nació en Tours, en la provincia francesa, y antes de dedicarse a la literatura hizo estudios de matemáticas y filosofía. Muy joven se relaciona con círculos próximos al movimiento surrealista y hace amistad con André Breton. Años después, en 1966, en compañía de André du Bouchet y Jacques Dupin funda la revista *L'Ephémère*, una de las publicaciones más influyentes en la literatura francesa de esos años y en cuyo consejo de redacción participaría el poeta Paul Celan, una de las voces mayores de la poesía en el siglo pasado. Además de la poesía, Bonnefoy ha cultivado con lucidez y asiduidad el ensayo literario, la crítica de arte —dedicando una especial atención a la pintura italiana del Renacimiento— y la traducción de literatura inglesa, en la que destacan numerosas obras de Shakespeare. El lector de nuestra lengua podrá encontrar poemas de Bonnefoy en los siguientes libros: *Antología* (Lumen, 1977), *Principio y fin de la nieve* (Hiperión, 1993) y *Poemas escogidos* (Vuelta, 1995), este último traducido con sensibilidad e inteligencia por las poetisas mexicanas Ulalume González de León y Elsa Cross. En la poesía de Bonnefoy hay una devoción esencial por “las palabras pacientes y salvadoras”, como él mismo ha escrito. Devoción, sí, pero bajo la estricta vigilancia de una conciencia que no ignora las derivas del sueño ni las “matemáticas severas” y se interna con pasos medidos en la materia del mundo: un paisaje, una piedra, la nieve, una voz llegada de lejos bastan para suscitarse. El poema que aquí se publica forma parte de uno de sus primeros libros: *Del movimiento y de la inmovilidad de Douve*, un canto desolado ante la pérdida de la mujer amada. Con la de Yves Bonnefoy estamos ante uno de los testimonios más plenos de la poesía francesa contemporánea.

NOMBRE VERDADERO

Al castillo que fuiste lo llamaré desierto,
a tu rostro ausencia, noche a tu voz,
y cuando te derrumbes sobre la tierra estéril
al fulgor que te trajo lo llamaré la nada.

Morir es un país que amabas. Vengo
desde la eternidad por tu senda sombría.
Destruyo tu deseo, tu forma, tu memoria.
Soy tu enemigo, no tendré piedad.

Guerra te llamaré y probaré en ti
las libertades de la guerra, tendré en mis manos
tu rostro oscuro, traspasado, y en mi corazón
ese país que alumbra la tormenta.

VERSIÓN DE JORGE ESQUINCA



LA COLMENA 54, abril-junio 2007.